

60
34
32
16000
19/2
6

LA ESPOSA Y LA CHISMOSA

Gabinete elegante, en casa de Victoria —esposa modelo, como se verá—, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Muebles cómodos. Es por la mañana, o por la tarde, o por la noche, y en la época del año que más les guste a las actrices para sus atavíos. En contra de la tendencia del arte moderno a acumular dificultades, nosotros damos todas las facilidades posibles.

Por la puerta de la derecha —derecha de la actriz: galantería obliga— sale Anacleta, doncella de Victoria, monísima, como no podía menos. La sigue Ponciana, señora casada de buen ver, avispada y nerviosa.

ANACLETA. Pase la señora. Viendo que no pasa. ¿Dónde se ha quedado? ¿Qué mira? Por aquí. Pase usted.

Y pasa la señora, quien de una rápida ojeada se hace cargo hasta del menor detalle del gabinete

PONCIANA. Me llamó la atención el escudo del recibimiento

ANACLETA. ¡Ah!, sí, señora. Es el escudo mobiliario.

PONCIANA. Riendo con suficiencia. Ya, ya.

ANACLETA. ¿A quién anuncio?

PONCIANA. ¿A usted qué le importa?

ANACLETA. ¿Cómo?

PONCIANA. ¡No sé qué se figuran ustedes! ¡Quieren saber tanto como una!

ANACLETA. Comprenda la señora... que si no me dice quién es...

PONCIANA. Sí, mujer, sí... No sé lo que hablo. Estoy tan fuera de mí..., tan nerviosa... Anuncie usted a... a... Anuncie usted a la señora desconocida.

ANACLETA. ¡Zape!

PONCIANA. ¿Qué es eso de zape?

ANACLETA. Perdone la señora; se me escapó, de la sorpre-

sa. Yo tampoco sé lo que hablo. ¿A la señora desconocida he de anunciar a mi señora?

PONCIANA. Mejor es que le diga usted que está aquí una señora que le viene a dar un disgusto.

ANACLETA. ¡Arreal! Prefiero decirle lo otro.

PONCIANA. Haga usted lo que quiera, pero márchese ya. No he venido a dialogar con usted.

ANACLETA. ¡Sopla! *Vase por la puerta de la izquierda.*

PONCIANA. ¡Zape! ¡Arreal! ¡Sopla! ¡Cómo está el servicio de descarado! *Se sienta, sucesivamente, en distintas sillas y butacas.* Nada: lo que yo le discuto a mi marido: en todas partes hay muebles más cómodos que en casa. Una butaca como ésta me la compra a mí. ¡Ya lo creo!

Vuelve Anacleta.

ANACLETA. En seguida sale la señora

PONCIANA. Bien.

ANACLETA. Dispense la señora la pregunta: ¿es por casualidad que al señorito lo ha atropellado un auto?

PONCIANA. No. ¡Pero lo ha debido atropellar!

ANACLETA. ¿Por qué?

PONCIANA. Le repito que no he venido a dialogar con la doncella de la casa.

ANACLETA. Es natural que una se interese...

Pausa breve. Ponciana se levanta y curioseaa.

PONCIANA. ¿Quién es este caballero del uniforme?

ANACLETA. ¡Pregúnteselo usted a la señora! *Se retira por la puerta de la derecha con aire triunfador.*

PONCIANA. ¡Oh! ¿No digo? ¡Qué asco de gente! Hay para dedicarse a amaestrar perros y gatos para que la sirvan a una.

Vuelve a probar asientos. En esta entretenida tarea se la encuentra Victoria, que aparece por la puerta de la izquierda.

VICTORIA. ¿Quién es? ¿Qué hace?

PONCIANA. Ésta, ésta, sin vacilar. Es una hamaca.

VICTORIA. ¿Qué?

PONCIANA. *Levantándose de un salto.* ¡Ah! Señora...

VICTORIA. Señora...

PONCIANA. ¿Se sorprende usted de mi visita?

VICTORIA. No... Del entretenimiento.

PONCIANA. Es que estoy muy nerviosa. Usted me perdona. Tan nerviosa estoy, que en presencia de usted pienso una vez

más que yo no he debido venir.

VICTORIA. En ese caso...

PONCIANA. No; pero, ya que estoy aquí..., no me voy.

VICTORIA. La doncella me ha dicho que una señora desconocida deseaba verme.

PONCIANA. Así es. Usted no me conoce a mí.

VICTORIA. No tengo el gusto...

PONCIANA: Pero yo si la conozco a usted. Voy a presentarme: soy la señora de Cádiz.

VICTORIA: ¿De Cádiz?

PONCIANA: Sí, señora, de Cádiz. Mi marido se apellida Cádiz. Yo no lo he podido remediar.

VICTORIA: Ni había para qué. ¿En que puedo servir a su matrimonio? Siéntese usted, señora.

PONCIANA: Gracias. Empezaré confesándole a usted con toda lealtad que soy una persona muy impertinente y muy indiscreta.

VICTORIA: Cuando usted lo dice...

PONCIANA: Esta visita creo que lo demuestra por si sola.

VICTORIA: Como no sé de qué se trata...

PONCIANA: Insisto: muy impertinente y muy indiscreta.

VICTORIA: Y Cádiz ¿no ha sabido arreglar eso?

PONCIANA: No, señora; porque es nativo.

VICTORIA: ¡Ah, vamos! Pues bien; usted me dirá qué indiscreción o qué impertinencia la trae a mi casa.

PONCIANA: Yo no he debido hacer esta visita.

VICTORIA: A tiempo está usted.

PONCIANA: Ya, no. Si yo me fuese ahora, quedaría usted con un poder...

VICTORIA: No lo crea usted; no soy nada curiosa.

PONCIANA: Yo, mucho. Y vamos al cuento: Es superior a mí enterarme de algo y no buscar inmediatamente para decirselo a la persona interesada. De ahí mi indiscreción y mi impertinencia. Vengo a darle a usted un disgusto gordo.

VICTORIA: ¿A mí?

PONCIANA: A usted.

VICTORIA: Y ¿no hay manera de evitármelo?

PONCIANA: Dejaría yo de ser quien soy.

VICTORIA: ¿Y si yo me negara a oírlo?

PONCIANA: Se lo escribiría a usted en un anónimo. Pero el anónimo es una cobardía. Cara a cara se han de decir las cosas!

VICTORIA: ¡Ea, pues si no hay más remedio, venga ya! Los malos tragos...

PONCIANA: A usted le consta, desde luego, que a su esposo le gustan mucho las mujeres.

VICTORIA: Mucho le gustan, sí; ¡Mucho! Le gustan... hasta en las tiendas.

PONCIANA: ¡Qué chuscos!

VICTORIA: Adelante.

PONCIANA: ¿No sospecha usted lo más mínimo?

VICTORIA: Ni lo más mínimo.

PONCIANA: Prevenida, entonces.

VICTORIA: No me asusto de nada.

- PONCIANA. Mire usted que es un disgusto gordo...
- VICTORIA. No me asusto.
- PONCIANA. Pues ahí va. Su marido de usted... tiene un llo.
- VICTORIA. ¡No, señora!
- PONCIANA. ¡Jel! ¡Cuando yo estoy aquí... Su marido de usted tiene un llo.
- VICTORIA. ¡No, señora! Tiene dos.
- PONCIANA. ¿Eh?
- VICTORIA. Dos.
- PONCIANA. *Desconcertada.* ¡Oiga usted!... ¿Es de veras eso?
- VICTORIA. Tiene, tiene dos... ¿Sabré yo los que tiene?
- PONCIANA. Pero, ¿cómo es posible...?
- VICTORIA. ¡Ahí verá usted!
- PONCIANA. No, si pregunto: pero ¿cómo es posible que yo no lo sepa y usted sí?
- VICTORIA. ¡Ahí verá usted!
- PONCIANA. ¡Qué escándalo! ¡Qué hombres! ¡Es para rechinar los dientes!...
- VICTORIA. ¿A que resulta que le he dado yo a usted el disgusto que usted venía a darme a mí?
- PONCIANA. Sí, señora: me lo ha dado usted. ¡Qué hombres! Por mucho malo que una piense y que una vea, siempre hay un más allá.
- VICTORIA. Siempre. En esto y en todo. Usted ha entrado confesándome que es muy impertinente y muy indiscreta. Yo nunca creí, la verdad, que lo fuese usted tanto.
- PONCIANA. ¡Señora!
- VICTORIA. ¿Qué menos merece de mí quien se atreva a venir a mi casa con semejante chisme?
- PONCIANA. ¿Chisme? ¿Qué quiere decir chisme? ¡La verdad desnuda! ¡Su marido de usted tiene una amiguita en la calle de Pérez Galdós!
- VICTORIA. ¡Exacto!
- PONCIANA. ¡Exacto! No se ría usted.
- VICTORIA. Si no me río: me sonrío nada más.
- PONCIANA. En el número ocho, por más señas.
- VICTORIA. En el nueve.
- PONCIANA. ¿En el nueve? Eso es: en el nueve. Piso principal.
- VICTORIA. Piso segundo. Como ve usted, estoy yo mejor enterada. Pero esa es una aventurilla fugaz de Ricardo. No vale la pena. A mí la que me preocupa no es ésa, sino la otra.
- PONCIANA. ¿La otra? Y ¿cuál es la otra?
- VICTORIA. Señora, si ha venido usted a averiguar mis intimidades y no a descubrirmelas, ha debido usted quedarse en su casa, repasándose las carreritas de las medias.
- PONCIANA. *Picada.* ¿En dónde están las carreritas?
- VICTORIA. Búsquelas usted, que no faltarán.

PONCIANA. Usted si que debiera reconocerme, cuando menos, el espíritu de solidaridad femenina que me ha traído aquí, aparte de mi natural impertinencia. ¡Una mujer tan guapa como usted, engañada traidoramente por su marido!...

VICTORIA. Eso a nadie le importa más que a mí.

PONCIANA. ¡Hay que ver! ¡Lo toma usted con una calma... ¿Es usted filipina?

VICTORIA. No, señora: ¿por qué?

PONCIANA. Porque yo tuve una amiga filipina que le pasaba a su marido carros y carretas.

VICTORIA. Pues no soy filipina: soy ~~española~~ *de Jajar*.

PONCIANA. Pues no veo la sangre chispera por ninguna parte. ¡Con la mitad que me hiciera a mí mi marido!...

VICTORIA. ¿Qué?

PONCIANA. ¡Oh! ¡No sé!... ¡No quiero ni pensarlo! ¡Ardía ~~mi~~ *mi* ~~marido~~ *mi* y no paraba hasta conseguir del Papa la anulación del matrimonio!

VICTORIA. Eso va en caracteres.

PONCIANA. Sí; ya lo noto. Usted se resigna.

VICTORIA. Me resigno. Con lo que sé; con lo que me consta y con mucho más que averiguase.

PONCIANA. ¡Ave María Purísima! Es usted una santa. No sé qué razón puede haber para aguantarlo. ¡Jesús! ¡Jesús!

VICTORIA. Para mí hay una sola.

PONCIANA. ¿Cuál?

VICTORIA. Que tengo hijos.

PONCIANA. ¡No basta!

VICTORIA. ¡A mí, sí! Todo, menos ofrecerles a mis hijos el espectáculo de la desavenencia de sus padres. Yo sé que este sacrificio mío es bien para ellos. Las lágrimas que a mí me cueste, me las trago yo: no tiene por qué verlas ninguna vecina, ninguna chismosa.

PONCIANA. ¿Eso de chismosa...?

VICTORIA. Lo digo precisamente por usted.

PONCIANA. *Levantándose, decidida.* Basta. Veo que la he molestado en vano, y que ni siquiera reconoce usted ni agradece mi buena intención.

VICTORIA. Se engaña usted, señora mía. Su intención la he agradecido sinceramente.

PONCIANA. ¡No lo veo!

VICTORIA. Va usted a convencerse en seguida. Voy a probarle a usted que le he agradecido este paso..., este paso de compañerismo.

PONCIANA. Menos mal. Porque... porque no olvide usted que la lealtad mía casi no tiene más que quiebras. Y; sin embargo, llevo mi abnegación a no dejar de practicarla. La mayoría de las veces que voy a dar disgustos de esta índole, me

echan a escobazos o poco menos. ¿Usted conoce a su vecina del segundo?

VICTORIA. No conozco a nadie de esta casa. Y vivo en ella hace dos años.

PONCIANA. ¿Es usted una mujer inverosímil?

VICTORIA. Vámonos a mi prueba de agradecimiento. A mí me gusta pagar los favores que recibo en la misma moneda. Usted ha venido a mi casa a darme un disgusto.

PONCIANA. Cierto.

VICTORIA. Pues yo voy a darle a usted otro.

PONCIANA. ¿Qué?

VICTORIA. Usted ha sido conmigo muy indiscreta y muy impertinente.

PONCIANA. No puedo negarlo.

VICTORIA. Pues yo voy a dejarla a usted tamañita.

PONCIANA. A ver...

VICTORIA. Yo ignoraba quién tuese usted al llegar aquí hoy; pero desde que pronunció el apellido de Cañamo, que no es nada vulgar, sé quién es usted.

PONCIANA. ¿La señora de Cañamo?

VICTORIA. Justo. Viven ustedes en la calle del ~~San Antonio~~... *Alamo*

PONCIANA. Veinticinco cuadruplicado.

VICTORIA. Segundo centro.

PONCIANA. Tiene usted su casa.

VICTORIA. Gracias. Me basta con la mía. A la derecha de ustedes vive un médico y a la izquierda vive un escribano que tiene en su puerta una placa con el Corazón de Jesús.

PONCIANA. ¿Cuanto detalle!

VICTORIA. Para que vea usted que sé bien las cosas. Los disgustos hay que fundamentarlos. Todo esto que yo sé lo sé por mi marido y por sus amigos, que se mueren de risa al hablar de Cañamo.

PONCIANA. ¿A qué?

VICTORIA. De Cañamo y de usted.

PONCIANA. ¡Caramba! ¿Pues no creo yo que seamos tan ~~héroicos~~ *impertinentes*?

VICTORIA. Eso ocurre mucho. Los que no creen que tienen gracia son, a lo mejor, los que más gracia tienen. ¡Lo que yo me voy a reír de usted cuando se vaya!...

PONCIANA. Bien, pero ¿y el disgusto?...

VICTORIA. ¡Le corre a usted prisa que se lo dé!

PONCIANA. Soy una mujer impulsiva, vehemente... Carezco en absoluto de esa sangre de horchata de chufas de usted.

VICTORIA. ¿Horchata de chufas? ¡Sí, verdad? Pues bébase usted este vasito de umón helado.

PONCIANA. Venga ya, sin más ironías.

VICTORIA. Cañamo tiene un entretenimiento.

PONCIANA. Sí: el ajedrez.

VICTORIA. No, señora: otro.

PONCIANA. El juego de la rana.

VICTORIA. Otra clase de entretenimiento: una rubia con muchos lunares y un cabello precioso

PONCIANA. ¡No es cierto, señora!

VICTORIA. Creo que antes le he probado a usted que no hablo a humo de pajas. Su marido de usted tiene un enredo.

PONCIANA. ¿Un enredo?

VICTORIA. Empleo una palabra más piadosa que la de tío, usada por usted.

PONCIANA. Conque un enredo... un tío... ¡Tanto monta: Espere usted: ¿en la calle de San Bernardo?

VICTORIA. No.

PONCIANA. ¿En la de la Luna?

VICTORIA. No.

PONCIANA. ¿En la Travesía de ~~la~~ *calles*

VICTORIA. Tampoco.

PONCIANA. ¿En los Cuatro Caminos?

VICTORIA. Calle usted, por Dios, que me va a marear el travieso.

PONCIANA. Vamos por partes. Tengamos un poco de calma.

VICTORIA. ¿Ahora la pide usted?

PONCIANA. Me habrá contagiado

VICTORIA. ¿Es usted filipina?

PONCIANA. ¡Soy de los infiernos! ¿A qué amigueta se refiere usted: a la pantalonera?

VICTORIA. A la misma que viste y calza. Que viste y calza por cuenta de Cáñamo

PONCIANA. ¡Ca!

VICTORIA. ¡Ca!

PONCIANA. Esté usted tranquila.

VICTORIA. ¿Yo? No puedo estarlo más, señora.

PONCIANA. *Sonriendo* Si lo digo porque lo de la pantalonera... es platónico.

VICTORIA. Eso le cuentan a usted las vecinas.

PONCIANA. ¡Eso lo sé yo mejor que nadie! *Construyendo un imposible que no sea platónico.* ¡Vamos! ¡Cáñamo... comiendo de fonda, con el estómago que tiene!... ¡Pregunte usted en toda la calle de ~~Don~~ *Real*

VICTORIA. ¿Yo qué he de tomarme ese trabajo?

PONCIANA. Para que se convenza usted, ya que somos buenas amigas. Cáñamo, el pobre... Higinio, mi marido, está bastante atropelladillo hace tiempo. ¿Qué ha de pensar él?... Y, sobre todo, mire usted: la pantalonera es mujer de trapío, que no se viste con cuatro cuartos. Y Cáñamo no dispone nunca de una peseta. ¡Su administradora soy yo! Le ajusto

las cuentas al día y al céntimo. Le hago los pitillos que se fuma; lo pelo yo, lo afeitado yo... ¡Estoy revelándole a usted verdaderas intimidades!

VICTORIA. Sí, hace un rato. Pues, a pesar de eso, su marido de usted dispone de lo suficiente para satisfacerle a la pantalonera todos los caprichos.

PONCIANA. ¡Y un jamón!

VICTORIA. Del jamón no sé nada; no sé si le gusta. Oígame usted. ¿No le tiene hecho su marido a usted un seguro de vida?

PONCIANA. ¡Señora! Pero ¿usted averigua por la radio todo lo que sucede en mi casa?

VICTORIA. ¿Existe o no existe ese seguro?

PONCIANA. Existe. Como que yo misma reúno dinero durante el año para la prima, que luego paga él religiosamente.

VICTORIA. ¿La prima?

PONCIANA. La prima. Para Higinio, mi seguro es sagrado.

VICTORIA. ¿Sí, eh? Pues la única prima, hace tres años, es usted.

PONCIANA. ¿Cómo?

VICTORIA. ¡Porque hace tres años que se la gasta su marido con la rubia!

PONCIANA. ¡Imposible! ¡En el nombre del Padre!... ¡Si no me cabe en la cabeza!

VICTORIA. ¿Usted ve cómo yo le correspondo dándole un disgusto bastante mayor que el que usted venía a darme a mí?

PONCIANA. ¡Pero si no es verdad! ¡Si es absurdo! ¡Claro que eso no le quita nada al disgusto que me ha dado usted, que es de arroba!

VICTORIA. ¡Ya salió mi sangre de chispera!

PONCIANA. Ya, ya lo veo. Y ahora ato cabos... ato cabos..., barajo cosas en mi imaginación... ¡Jesús! ¡Jesús! Pero ¿cómo no ha pensado ese miserable que el día que él se muera me voy a quedar yo a buenas noches?

VICTORIA. ¡Porque está seguro de que usted se muere antes que él! ¡De un berrenchín!

PONCIANA. ¡En eso sí que se equivoca!

VICTORIA. Sábelo Dios.

PONCIANA. ¡Lo sé yo, que voy a envenenarlo esta noche! ¡Ah, traidor! ¡Embustero! ¡Farsante! ¡Las veces que me habrá dicho en la vida, aludiendo al seguro: «Así yo me muero tranquilo!»

VICTORIA. ¡Y tan tranquilo! ¡Si usted ha de morir antes, por pocos años que disfrute de la viudez...!

PONCIANA. ¡Esa, se la pinta! ¡Lo enveneno! ¡Vaya si lo enveneno! ¡Ahora mismo lo busco donde esté y por los pelos lo arrastro hasta casa!

- VICTORIA. ¡Se quedará usted con el bisoñé en la mano!
- PONCIANA. Pero ¿es que para usted no hay secretos?
- VICTORIA. ¡Lo del bisoñé de Cánamo lo sabe España entera!
- PONCIANA. ¿España entera? ¿Desde cuándo?
- VICTORIA. ¡Desde el retrato que le publicó el *Nuevo Mundo* como presidente de «Los Castizos», de Navalcarnero!
- PONCIANA. ¡Buen disgusto me costó a mí esa presidencia!
- VICTORIA. ¿Corre parejas con el de hoy?
- PONCIANA. ¡Ca! ¡El de hoy colma el vaso! Acabo de tragar en su casa de usted más quina que he tragado nunca; pero yo le agradezco infinito su franqueza. Se ha salido usted con la suya: me ha ganado usted la partida de los disgustos.
- VICTORIA. Obligada correspondencia, señora.
- PONCIANA. Seremos amigas: ¡muy amigas!
- VICTORIA. Sí; pero desde lejos... Cada una en su casa, ¿no?
- PONCIANA. *Con cara de vinagre.* Entendido. Me marchó.
- VICTORIA. Por aquí, amiga mía.
- PONCIANA. Sí, por donde vine... Es que voy ciega.
- VICTORIA. Yo la acompañaré a usted para que no tropiece.
- PONCIANA. ¡Por Dios! No lo consiento...
- VICTORIA. ¿Qué menos he de hacer con tan buena amiga?
- PONCIANA. Allá usted.
- VICTORIA. ¡Claro!
- PONCIANA. ¡Sí que tiene usted la zumbita de las madrileñas!
- VICTORIA. Nací en Recoletos.
- PONCIANA. ¡Qué cursilería!
- Se marchan las dos por la puerta de la derecha. A poco vuelve Victoria muerta de risa.*
- VICTORIA. ¡Cómo va esa mujer!... Creo que no llega sana al portal. ¡Le da un ataque! *Trocando la risa en indignación.* ¡Chismosa! ¡Chismosa de todos los diablos! Aprende la lección: ¡la esposa que se sacrifica por sus hijos no está nunca en ridículo! Voy con ellos. *Al público.*

Pedazos del corazón
son los hijos en la vida,
y para la esposa son
bálsamo de toda herida,
fuente de todo perdón.

FIN

Sevilla, mayo, 1930.